

Presentación

Este anejo a la revista *Analecta Malacitana* es una selección hecha sobre las participaciones del III Congreso Internacional *Eugenio Coseriu, lingüista entre dos siglos* dedicado al estudio y desarrollo de las propuestas lingüísticas de Eugenio Coseriu. El congreso, celebrado en Almería, se propuso analizar y debatir el desarrollo de las grandes propuestas de la lingüística de Coseriu. Siendo muy amplio el panorama presentado por el lingüista, el congreso se organizó en torno a seis amplios paneles, a saber: el lenguaje y la epistemología lingüística, la semántica y estudio estructural del significado, la lingüística del texto, la lingüística diacrónica, la variación y variedad lingüísticas, y la traducción.

El anejo que se presenta se ha elaborado siguiendo un criterio unitario, a saber: que los artículos presenten un problema lingüístico, estudien su desarrollo y evolución, estudio en el que se han de analizar las propuestas de Coseriu, y den una respuesta al mismo. De esta forma, si bien, por un lado, son propuestas o desarrollos de Coseriu, la fundamentación del problema implícito y la solución al mismo habrán de estar contemplados desde los fundamentos de la lingüística. La selección, pues, constituye una serie de artículos que se plantean un problema lingüístico.

La selección de artículos ha sido llevada a cabo según los seis paneles señalados arriba, hecha por los siguientes coordinadores, ordenados éstos según el número de participantes, a saber:

- A. Semántica, lexicología y gramática, Benjamín García Hernández
- B. Lenguaje y epistemología lingüística, Jesús Martínez del Castillo
- C. Lingüística del texto, Óscar Loureda Lamas
- D. Lingüística diacrónica, José Jesús de Bustos Tovar
- E. Variación y variedad lingüísticas, Antonio Narbona Jiménez
- F. Traducción, Miguel Duro Moreno.

Aparece también un artículo sobre la teoría de la literatura y distintas «apostillas» de Coseriu sobre la misma.

El congreso fue presentado *in absentia*, debido a su estado de salud, por el Académico de la Real Academia de la Lengua, Don Gregorio Salvador Caja, introductor en España de la lexemática de Coseriu, cuyas palabras de bienvenida fueron leídas por la Prof^a Aurora Salvador Rosa, quien, por otro lado, en dicha ocasión presentó su aportación personal con un tema muy del gusto del académico, como se puede ver en su debido lugar¹.

¹ «Los semas implicados», según se ve dentro del panel *Semántica, lexicografía y gramática*.

EUGENIO COSERIU

GREGORIO SALVADOR

Invitado por los organizadores a abrir con mis palabras este congreso, hace varios meses, cuando yo ya preveía, dadas mis particulares circunstancias actuales, la dificultad de asistir, sólo pude comprometerme a enviar, en todo caso, unas cuartillas en recuerdo del maestro y de saludo a tantos colegas y compañeros, unidos en la gratitud y la admiración a quien tantos caminos le trazó a nuestro pensamiento y tantas luminosas ventanas abrió a la contemplación y la consideración de los hechos lingüísticos. Y apunté que mi texto lo podría leer mi hija Aurora, catedrática en la Universidad de Cádiz y coseriana confesa y actuante, completando luego el tiempo requerido con una prolongación sobre “semas implicados”, en la que por entonces ella se hallaba trabajando. Cumpliríamos así los dos, en la medida de lo posible, con el amigo tan querido y el maestro inolvidable: yo recordando los caminos de nuestra amistad y ella penetrando por alguna de las vías que él nos invitó a recorrer.

Quiero, antes de nada, felicitar a quienes han concebido y cooperado a que a un congreso tan unipersonal en su objetivo, *Eugenio Coseriu, lingüista entre dos siglos*, haya logrado atraer y reunir un elenco tan amplio, tan brillante y tan sólido de participantes que el simple repaso del programa pasma.

Me gusta recordar que ya hacia el año noventa, traducida íntegramente su obra teórica al japonés, un lingüista de aquel país, Takashi Tamei, decía que la lingüística de Coseriu era mucho más de lo que podía apreciarse en aquel momento, porque iba a ser, sin ninguna duda, la lingüística del siglo XXI. Y una reunión como esta le hace a uno pensar que ya lo está siendo.

El 18 de junio de 1991, en su investidura como doctor *honoris causa* por la Universidad Complutense, al hacer su *laudatio* afirmé de modo directo y sin ambages lo que objetivamente pensaba: que Eugenio Coseriu era el lingüista mas importante de la segunda mitad del siglo XX y que todo lo que pudiera hacerse en lingüística, seriamente, en el XXI, habría de tener muy presente su pensamiento.

En septiembre de 2002, unos días después de su muerte, coincidí en un acto cultural con otro compañero complutense, lingüista también, latinista, Antonio Fontán, que tanta y tan importante presencia tuvo en la vida española del último tercio del siglo ya pasado. Hablamos inexcusablemente de Coseriu, recordamos la ocasión de su investidura, con aquel largo párrafo de su discurso que escribió y dijo en latín y la consiguiente respuesta, en buen latín

improvisado, de nuestro rector Gustavo Villapalos, al cerrar el acto, que a todos nos sorprendió. Y le recuerdo mi afirmación de entonces, que mantengo: Coseriu ha sido el lingüista mayor de la segunda mitad del siglo. “¿Más que Jakobson?”, me plantea Fontán como un dilema. Más que Jakobson, sí; lo creo firmemente yo, que he sido y sigo siendo un ferviente admirador de este, que me aclaró tantas cosas, con quien tanto coincidí, que tanto me enseñó. Pero sus ámbitos de interés fueron más limitados que los de Coseriu, que ha sido no sólo un lingüista sino también un completísimo filólogo, un romanista de pro, un profundo conocedor de las lenguas clásicas y del pensamiento antiguo, un humanista de los que ya no hay.

Como supo titular con acierto sus obras y trabajos, es fácil entresacar de sus títulos un muestrario de cuestiones que él ha tratado y que ya nunca serán tratables sin tener en cuenta su doctrina: forma y sustancia en los sonidos del lenguaje, logicismo y antilogicismo en la gramática, las partes de la oración, forma y función, sincronía, diacronía y tipología, los universales lingüísticos y los otros, lógica del lenguaje y lógica de la gramática, tradición y novedad en la ciencia del lenguaje, el cambio lingüístico, el hombre y su lenguaje, la primacía de la historia, interdisciplinariedad y lenguaje, sentido y tareas de la dialectología, la socio- y la etnolingüística, lenguaje y política, la competencia lingüística, lingüística contrastiva, principios de semántica estructural, la creación metafórica, lenguaje y poesía y un etcétera que se me antoja interminable.

Coseriu ha sido, además de lingüista y filólogo, un increíble políglota. Ni se sabe cuántas lenguas llegó a hablar con soltura. Escribir ha escrito en ocho y ese es un dato comprobable: rumano, italiano, español, alemán, inglés, francés, portugués y catalán. También en latín, como acabo de recordar, aunque lo haga incidentalmente en discursos de investidura, que fueron cuarenta las universidades del mundo que lo incorporaron a sus claustros por la vía del honor. Y se sabe que ha explicado cursos en ruso y en algunas de las otras lenguas eslavas. “¿En qué lengua piensa usted?”, le preguntó un periodista delante de mí. “En la que esté hablando o escribiendo en ese momento”, respondió sin dudarlo. No es poca ventaja para poder recapacitar, con base y fundamento, sobre los mecanismos idiomáticos. Coseriu ha sabido siempre distinguir entre lo que es propio de la lengua y lo que pertenece a la realidad, porque se ha visto obligado a comunicar la realidad con instrumentos lingüísticos muy diferentes y alternarlos. Distinción, la de lengua y realidad, que no es tan fácil como parece y que embarulla, con más frecuencia de la deseable, las especulaciones lingüísticas. Para el hablante, la lengua resulta habitualmente transparente, como un cristal; para el lingüista es ese cristal, que es la lengua, lo que debe ser objeto de su estudio y no siempre es capaz de analizarlo sin lanzar la mirada más allá.

En unos tiempos en que buena parte de las teorías de moda, que han circulado por las universidades de todo el orbe, procedían de lingüistas que no han traspasado nunca, hacia fuera, los umbrales del inglés, un sabio romanista multilingüe, con raíces en el mundo eslavo e injertado luego en el hispánico, con una sólida formación en las lenguas clásicas y una curiosidad abierta hacia todos los horizontes lingüísticos del globo, con muchos y variados cristales que comparar, estaba naturalmente en mejores condiciones para establecer principios teóricos de más fuste y de mayor validez.

Había nacido en 1921 en lo que hoy es república de Moldavia, que entonces era parte de Rumanía. Exiliado de su patria, en 1940, cuando la Unión Soviética, en su pactado reparto del Este europeo con la Alemania nazi, anexionó Moldavia a su imperio. Coseriu fue, pues, una de

tantas personas forzosamente transterradas por la casi inacabable sucesión de atropellos, de horrores, de imposiciones que se abatieron sobre nuestro continente desde la guerra del catorce hasta la caída del muro de Berlín. Él libró bien, de todos modos, pues consiguió formarse en Italia, doctorarse en Roma y llamar la atención de la Universidad de Montevideo, que le abrió sus puertas en 1950 y allí, en clases y publicaciones, comenzó, en español, su fecunda y original prolongación del estructuralismo saussureano, que ha ensanchado y matizado como nadie. El mundo hispánico se incorporó con él al pensamiento lingüístico. Agradecido al país que lo había acogido, adquirió la nacionalidad uruguaya y Uruguayo ha muerto, aunque desde 1963 haya tenido su cátedra en Tubinga, universidad que supo advertir ya entonces su genialidad y lo recuperó para Europa, cuando de aquellos países se importaban también sabios y no sólo futbolistas.

Él se sentía íntimamente rumano, porque allí estaban sus raíces y sus recuerdos de infancia y juventud, y como rumano, hijo directo de Roma, donde luego había adquirido su saber, y también hispano, porque Uruguay le dio patria legal y una lengua en la que empezó a escribir lo que pensaba.

Hasta abril de 1968 no volvió a pisar tierra rumana, cuando ya alcanzada la gloria profesional y su obra universal aceptación, fue autorizado por el gobierno de Ceausescu a entrar en Rumanía para asistir al X Congreso universal de Filología Románica, que se celebraba en Bucarest. He de decir ahora que yo también asistí a ese congreso y que estuve, por lo tanto, muy cerca en el día de su regreso a la patria rumana y a la familia perdida. Yo ya había coincidido con él en ocasiones de este tipo, en simposios, en cursos de verano, en conversaciones de grupo, pero, en fin, él era el gran maestro europeo y yo era un mero catedrático insular, e iba a ser allí donde se fraguaría nuestra verdadera y ya, desde entonces, continua amistad.

Él venía como un congresista más: no iba a actuar como ponente en una sesión plenaria sino a leer una comunicación sobre latín vulgar en una de las varias secciones del congreso. Le habían fijado su intervención el primer día, a última hora de la mañana. Llegó a Bucarest, desde Alemania, en avión, ese mismo día, dos o tres horas antes de la que tenía programada. No sé naturalmente cómo pudo ser el encuentro con su padre, con su hermana, con las demás personas de su familia. En la universidad, donde se celebraba el congreso, el aula en la que habría de tener lugar su intervención había sido ocupada por rumanos que querían oírlo a él y que soportaron comunicaciones que no les interesaban para no perder el sitio. Una hora antes, el aula ya estaba abarrotada de gente de pie, con atasco en la puerta, y los que iban llegando se acumulaban en los pasillos y aquello se hizo intransitable.

Cuando faltaba media hora la muchedumbre era tal que yo opté por marcharme a la calle, ante la imposibilidad de acercarme tan siquiera al lugar elegido. Por la tarde me hablaron de lo que había sido su presencia y su entusiasmo, que lo habían aplaudido apasionadamente y con vehemencia, que pugnaban por acercarse a él, por dirigirle la palabra, mientras se abría paso trabajosamente entre el apretado gentío para poder salir.

Supuse que iba a ser imposible para mí saludarlo, al menos, en lo que quedaba de congreso, porque estaría en todo momento rodeado de sus emocionados paisanos, si es que volvía a aparecer, pues me dijeron que se había marchado con su familia y era de suponer que dedicara a ese reencuentro, tan largamente esperado, más tiempo que al congreso.

Pues bien, aquella noche, a las doce, cuando yo iba a entrar al hotel --Athenea Palace creo recordar que se llamaba--, después de haber cenado y haber paseado un buen rato por la ciudad, advertí que se paraba un coche en la puerta y que descendía de él nuestro hombre y, con él, un anciano y una mujer de mediana edad (su padre y su hermana, según supe luego), que lo abrazaron para despedirlo. Yo entré al hotel y me encaminé al mostrador de conserjería para recoger mi llave y decir la hora en que quería ser despertado. Allí me alcanzó Coseriu un minuto más tarde. Nos saludamos y le hice un comentario sobre la intensidad de la jornada que había vivido y su posible intención de retirarse a descansar. Pero él mostró deseo de que pasáramos al bar, si yo no tenía inconveniente, para charlar un poco. Imaginé que querría desahogarse conmigo de las muchas emociones vividas aquel día, hacerme partícipe de sus sensaciones y sentimientos, y me consideré afortunado por aquella coincidencia en la llegada que me iba a permitir tener con el sabio admirado una conversación íntima y personal en la noche de uno de los días más densa y hondamente vividos de su existencia, a compartir todas las alegrías y nostalgias que se le habrían concentrado en el alma durante las últimas horas.

Pero no; de lo que él quería hablarme era de semántica. Sabía que yo había seguido sus orientaciones, que estaba aplicando los supuestos de la semántica estructural al estudio de campos semánticos del español, quería saber qué tesis se estaban haciendo en la Universidad de La Laguna, qué métodos utilizábamos. Sacó un cuaderno en el que estuvo tomando notas de todo cuanto yo le contaba, sin dejar de pedirme aclaraciones y precisiones. Hacia las dos de la madrugada se dio por satisfecho y nos fuimos a dormir. Ni una mención a las emociones de la jornada. He de reconocer que yo quedé un tanto defraudado, porque me parecía insólito, casi increíble, que pudiera haber estado dos horas informándose de mis trabajos sin dejar traslucir ni un solo instante alguno de los sentimientos que, lógicamente, debían embargarlo.

Ahora creo que lo entiendo. El desarraigo, los sucesivos desarraigos a que lo fue llevando el desconcierto histórico de ese terrible siglo XX, pudo soportarlo instalándose y alzando su bandera en un territorio abstracto y más seguro: el de la lingüística. Sí; creo que hizo de la lingüística su patria y su reino. Y esa noche del día en que había retornado a sus orígenes, su encuentro conmigo le sirvió para recuperar el equilibrio, para afirmarse de nuevo en su ámbito propio, el ámbito en el que él se había labrado su destino.

En una de sus más tempranas obras, ya clásica, *Sistema, norma y habla*, nos dejó escrito: “El lingüista... debe ser al mismo tiempo botánico y jardinero; debe llegar a la constitución de tipos abstractos e ideales de flores, pero sólo para cuidar mejor la vida caprichosa y cada vez sorprendente y nueva de las flores vivas y concretas de su jardín, debe ser botánico, para ser mejor jardinero”. Él lo logró plenamente. Botánico mayor y jardinero de numerosos jardines. Y uno de los jardines que cultivó con más esmero fue el de nuestra lengua española, que él, desde su conocimiento, su gratitud y su fidelidad hispánica, consideró siempre como suya.

No puede resultar extraño, por lo tanto, que nos hayamos reunido aquí para hablar de él. Mi felicitación a todos por su presencia y mi gratitud por su atención.
